

“Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han rememorado, tratado y “hecho suyo”, le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte” v.G.S.

UNA LUZ EN MIS MANOS

1º - 3º



1. Es no - che os - cu - ra, no bri - lla el sol,
2. Su luz bri - llan - te me gui - a - rá,
3. A - rri - ba bri - llan es - tre - llas, mil,
4. Los fa - ro - li - tos bri - llan - do es - tán
5. Mmm

5

1. pe - ro en - cen - di - do es - tá mi fa - rol.
2. de to - do mal me pro - te - ge - rá.
3. su luz o - fre - cen hoy pa - ra mí.
4. y con su fue - go, ca - lor nos dan.

<https://ideaswaldorf.com/cantos-farol-il>

En una hermosa casita de un pueblo montaños vivía una niña. El jardín de la casa era pequeño y la abuela lo cuidaba con esmero. A la niña le gustaba ayudarla siempre que podía. Mientras removían la tierra y regaban las flores, la anciana le contaba historias y secretos. Una tarde de invierno se entretuvieron largo rato trasplantando rosales. Cuando se tomaron un descanso estaba anocheciendo, y las primeras estrellas brillaban en el cielo.

– “Cada uno de nosotros tiene una estrella en el cielo que lo protege –dijo la abuela mirando hacia arriba–. Tú también tienes la tuya y te une a ella un hilo dorado. No lo puedes ver despierta, pero en tu sueño, subes por él para renovar tus fuerzas y regresas antes de despertar con nuevo impulso”.

La niña escuchaba maravillada.

– “¿Y cómo puedo saber que eso sucede? –preguntó.

– “Te voy a contar un gran secreto –dijo la abuela–. Cuando un niño hace el bien con sus manos y realiza acciones bellas en la Tierra, su estrella suele hacerle un regalo. Un día descubrirá que en las palmas de sus manos se ha albergado la luz de la estrella”.

La niña escuchó con atención a su abuela y desde ese atardecer se quedó esperando ese maravilloso regalo. Y sucedió una noche, la más oscura del año. La niña se acostó y descubrió

que de sus manos salía un haz de luz, tenue y claro. En ese momento entró su abuela en el cuarto y tomó la mano de la niña entre las suyas, que también brillaban.

– *“Espérame aquí —le dijo, y saliendo un momento volvió con un hermoso farolito encendido—. “Este farolito me acompaña desde que tenía tu edad. Me lo regaló mi abuela el día que mis propias manos comenzaron a iluminarse. Ella me dijo que lo conservara hasta que otras manos tuvieran su propia luz. Así nunca dejará de brillar y alumbrar en la oscuridad”.*

Cada noche de ese invierno, la niña durmió con su farol que permanecía encendido siempre, sin que nadie tuviera que ponerle ningún candil. Y durante el día, sus acciones crecían en bondad y en belleza.

La ventana del dormitorio de la niña daba a la calle. Frente a su casa vivía un niño muy solitario y triste. Siempre se estaba lamentando y no quería jugar. Su madre trabajaba como costurera y estaba muy atareada. Al padre no se lo veía por allí. Cada vez que alguien lo invitaba a jugar, el niño repetía:

*No quiero, no puedo,
no quiero ser feliz.
Estoy triste y solo
y nadie piensa en mí.*

Cerraba la puerta de su casa y se quedaba allí.

Una noche, cuando la niña fue a admirar su farolito, se sorprendió al ver al niño que observaba desde su ventana con sus ojos muy abiertos. La niña se dio cuenta de que la luz del farol también lo iluminaba a él y tuvo la intención de acercarlo aún más. Pero en ese instante el niño se puso a llorar.

Ella se miró las manos y vio que la luz que emanaba de ellas estaba temblorosa. Pensó en alejar el farol de la ventana, pero el niño lloraba cada vez más.

– *“Alguien piensa en ti” —dijo la niña para sus adentros—, “la luz de mi farol quiere alumbrarte” —y salió a la calle para decírselo, mas el niño había corrido las cortinas de la ventana.*

La niña regresó triste a su casa y corrió también las cortinas.

– *“Será mejor así” —pensó—; “la luz de mi farol entristece a mi vecino”.*

Y eso fue lo que intentó la noche siguiente, pero algo muy extraño sucedió. La luz del farol comenzó a titilar con fuerza cada vez mayor, iluminando la habitación en forma maravillosa. Las manos de la niña también alumbraban... Entonces descorrió las cortinas y abrió el ventanal. Allí estaba el niño y sus miradas se cruzaron. La niña salió de la habitación con el farolito entre sus manos y se dirigió a la calle. Alzó la luz en dirección al niño y cantó:

*Si quieres, tú puedes,
ven a jugar.
La luz de mis manos
te quieren alumbrar.*

El niño no cerró la ventana, se quedó mirando y escuchando; y ya había muchas estrellas en el cielo cuando ambos se fueron a dormir. Pasaron los días. Un mediodía, mientras almorzaban, dijo la abuela:

– *“¿Han observado algo nuevo en el vecindario? Hoy el niño de enfrente salió a jugar. Alguien lo invitó y lo escuché cantar:*

*“Sí, quiero. Yo puedo ...
salir a jugar.
Una luz hermosa
me quiere alumbrar”.*

Desde entonces la niña siempre dejaba descorridas las cortinas al atardecer. La luz se expandía y más, iluminando toda la cuadra. Y una noche, al acercarse a la ventana, la abuela y la niña se sorprendieron al ver que en la ventana del niño brillaba la luz de un pequeño farol.

Con su carita iluminada, el niño sonreía.

Aportación de Walter Osorio